

Sexualidad adolescente y exogamia¹

Soraya Díaz Yunis²

Resumen

Desde un enfoque psicodinámico y a través de viñetas de cuatros casos clínicos, se ofrece una recapitulación de los avatares adolescentes, destacando la reedición de elementos de la configuración edípica con su potencial sintomático. Dado que la clínica da cuenta de la particularidad de cada caso, el material expuesto apunta a versiones particulares de los conflictos que se libran en la adolescencia. En los cuatro casos se muestran diferentes aristas en la reedición del escenario edípico, como los celos y las vivencias de exclusión; la angustia por las fantasías incestuosas, angustia de castración; así como, también, aspectos enlazados a las vicisitudes identificatorias.

Devenir adolescente, un tránsito intervenido por múltiples variables que, a guisa de obstáculos, han de ser sorteadas hasta el arribo, si el desenlace es afortunado, a un paraje psíquico más estable. No en balde, se dice y se escribe desde distintas ópticas del conocimiento, sobre los avatares de estos años de transformaciones. Desde prácticas tribales, religiosas y culturales, que simbolizan ritos de pasaje, se nos señala la significación de la adolescencia como hito fundamental del desarrollo del individuo.

Desde el psicoanálisis, se recoge una recapitulación de la circunstancia adolescente, que incluye, entre otros ejes de dicha etapa, la huella en

¹ Trabajo presentado en la Jornada del Departamento de Niños y Adolescentes de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas: *Lo perverso polimorfo. Un recorrido de la infancia a la adultez*, noviembre, 2020.

² Miembro Asociado de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL) y de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

el psiquismo de los cambios en las dimensiones y características corporales y la reedición de la configuración edípica, con su potencial sintomático.

A este respecto, son una referencia clásica los aportes de Aberastury y Knobel (1981), acerca de tres duelos fundamentales que toca realizar en la adolescencia: **el duelo por el cuerpo infantil perdido**, porque los cambios biológicos ineludibles pueden sentirse como algo externo, frente a lo que el sujeto adolescente se percibe como un espectador impotente; **el duelo por el rol y la identidad infantil**, que conmina a renunciar a la dependencia y a la admisión de responsabilidades que, a menudo, resultan ajenas. Y **el duelo por los padres de la infancia**, a los que intenta preservar idealizados, con la finalidad de reasegurar el amparo que ellos representan. Los autores señalan que el pensamiento del adolescente está determinado por esos procesos de duelo, produciéndose una especie de cortocircuito mental, que promueve la disminución de la racionalidad y favorece la tendencia a la respuesta inmediata, a la impulsividad y a la expresión a través de la acción no mediatizada.

Los psicoanalistas Moses y Eglè Laufer plantean que en la adolescencia, la madurez física, junto a la capacidad de procrear que se inaugura, impulsan un proceso en el que se reorganiza el desarrollo psicológico anterior dentro de una nueva realidad de madurez sexual física, ocurriendo que los deseos y fantasías prepuberales permisibles antes de esta madurez, quedan investidos, a partir de la pubertad, de una nueva significación incestuosa. Es decir: El cuerpo, que hasta la pubertad era sentido como un portador pasivo de necesidades y deseos, es ahora... la fuerza activa de la fantasía sexual y agresiva... Durante la adolescencia, los deseos edípicos son experimentados dentro del contexto de la madurez genital y debe lograrse un equilibrio tolerable entre lo prohibido y lo permitido (M. Laufer. y E. Laufer, 1988).

Haciendo alusión a las variaciones que tienen lugar en este período, Anna Freud (s/f, citada por Slinin, 1981) apunta que, por su naturaleza, la adolescencia supone una sacudida que comporta fluctuaciones del equilibrio psíquico. En una línea semejante, algunos autores señalan que las muchas variaciones de la etapa adolescente, a menudo conllevan a dificultades para evaluar cuales son las características normales y cuáles los signos psicopatológicos (Slinin, 1981).

Los vínculos familiares pueden complicarse, teniendo en cuenta que los padres son testigos atravesados por las transformaciones de sus hijos adolescentes. Así, por ejemplo, la madurez sexual y física del varón, podría despertar en el padre la envidia por la juventud del hijo que lo expone a

las angustias de su inminente declive, representando el joven, en la fantasía inconsciente, el rival capaz de derrotarlo en la contienda edípica. Los cambios de la hembra instigarían equivalentes sentimientos de envidia en la madre, figurando la hija, en el imaginario materno, como la rival que ostenta una juventud y gracia que ella está próxima a perder. Además, los progenitores podrían mostrarse, eventualmente, intolerantes o indiferentes, porque la problemática de su adolescente reanimaría sus propias vivencias conflictivas de esa época de la vida.

Abundan ilustraciones sobre el tema en cuentos para niños, en películas animadas, en leyendas de la narrativa popular. Sólo por citar algunos: en la historia de *Enredados*, Rapunzel es una chica atrapada por una “madre” envidiosa, incapaz de renunciar a sus aspiraciones narcisistas, que pretende preservar juventud y belleza eternas, mediante la unión indisoluble con la hija. En el film *Valiente*, Mérida es una joven que se opone con determinación a los designios maternos, en una necesidad de diferenciarse y no ser la heredera de la función adscrita a la mujer de la época, representada por una madre excesivamente vigilante de los convencionalismos; finalmente, en esta historia, tras un episodio de apariencia trágica (el hechizo de una bruja, a quien la joven recurre para lograr la tolerancia materna, convierte a la madre en un oso), Mérida hurga en sus vivencias pasadas, logra rescatar las bondades maternas y puede acercarse a su progenitora en un vínculo que se anuncia menos espinoso. En la leyenda guaraní de *El Irupé*, se cuenta que un joven guerrero se hundió en las aguas de un río y no lograba emerger, porque se había enamorado de una hechicera que habitaba en las profundidades, quien le daba a beber de sus labios agua del olvido, manteniéndolo cautivo y ajeno a otro deseo; su prometida se lanza al rescate y emergen transformados en una flor bicolor, símbolo del triunfo del amor exogámico sobre esa “muerte”, que es muerte del deseo, impuesta por el atrapamiento endogámico. Tales producciones son metáforas de la dinámica inconsciente adolescente.

Nuestros pacientes también nos revelan su trama particular. A continuación, presento una muestra de algunos aspectos vistos en mi práctica clínica.

Ana: en los escalones de la pubertad

Los padres de Ana deciden buscar ayuda profesional porque su hija estaba presentando síntomas de angustia. Explicaban que, semanas antes,

la chica había sufrido una afección gástrica, que requirió un tratamiento con fármacos y una dieta que, colateralmente, favoreció la eliminación del sobrepeso que había padecido durante años. La enfermedad la obligó a ausentarse del colegio una semana. Unos días después de haberse reincorporado a sus actividades académicas, comienza a desarrollar un estado de angustia que se manifestaba mientras la madre la llevaba en el carro al colegio; insistía en que tenía náuseas y dolor de estómago. Esta queja se repitió durante varios días; en algunas ocasiones, la madre lograba tranquilizarla; en otras, no quería bajarse del vehículo y le pedía a su madre, con desesperación, volver a casa. Una vez allí, cesaba todo malestar y Ana recuperaba la serenidad. Los padres afirmaban que su hija siempre había ido con entusiasmo al colegio y que, además, a diferencia de su hermana mayor (que, por cierto, también padecía sobrepeso), era una estudiante sobresaliente.

Pocos días después de la entrevista con los padres, Ana acude por primera vez a mi consulta, inaugurando el primero de varios momentos de interlocución analítica, sucedidos entre sus doce y diecisiete años.

A los doce, era una chica muy agraciada y, aunque todavía conservaba un aspecto prepuberal, su actitud desenvuelta era más la de una mujer en ciernes. Desde el inicio, mostró entusiasmo con el juego de los garabatos, los dibujos libres y la elaboración de historias sobre sus producciones gráficas; pero, además, podía sentarse en la butaca frente a la ocupada por mí y hablar de lo que la aquejaba, sin mediación de recursos lúdicos. Así, me explicaba que tras la pérdida de peso, sus amigas del colegio la criticaban continuamente. Decía: *yo era gordita y después de que me enfermé, adelgacé y a mí me gusta cómo me veo ahora... mis amigas son gorditas... me dicen que he cambiado, que ando coqueteando con los varones y que quiero que ellos me miren. Es verdad que ahora hablo más con los muchachos... me gastan bromas y yo me río; yo creo que eso no tiene nada de malo, pero ellas están raras conmigo, hablan entre ellas y no quieren estar conmigo como antes, porque somos amigas desde que éramos pequeñas.*

Ana relataba que, también, luego de enfermar, temía dormir sola y quería dormir con la madre o, en su defecto, con la hermana. Atribuía su miedo a un programa de televisión sobre pacientes con enfermedades misteriosas, que la instigaba a pensar en la inminencia de la muerte. Lo asoció con un incidente ocurrido unos meses antes: *Una noche, mi mamá se intoxicó con algo que había comido. Mi papá se la llevó a la clínica y mi hermana y yo nos quedamos en la casa con mi abuela. Yo tenía miedo... llegué a pensar que mi mamá se iba a morir.*

Tema frecuente eran sus celos por la especial afinidad entre el padre

y la hermana en diversos ámbitos (deportes, sentido del humor, etc.). En contraste, Ana se exasperaba cuando el padre le gastaba alguna broma, al punto que terminaba gritándole e iba a encerrarse en su habitación. *Yo discuto mucho con mi papá; con mi hermana también, porque a veces se mete conmigo y me fastidia; aunque hay noches que me voy a ver la tele y a dormir en su cuarto; no le gusta mucho, pero me deja hacerlo.* Agregó que su padre las animaba a practicar un deporte que él ejercitaba con gran entusiasmo; Ana iba con desgana a los entrenamientos, esgrimiendo cualquier excusa para dejar de asistir, en tanto que su hermana acudía complacida.

En una de las sesiones, dibujó el área recreativa de un edificio, con una piscina rodeada de sillas de extensión; a cierta distancia, una verja y, al lado de ésta, una hamaca cerrada, con la silueta de una persona. En su relato expuso: *Es la piscina de un edificio, como la del edificio donde yo vivo... uno puede estar en la piscina y hay un espacio para jugar alrededor, por donde están las sillas de extensión. De este lado (señalaba la verja) hay como una hilera de palos de bambú, que no dejan ver bien hacia el otro lado... si hay alguien en la hamaca, no se puede ver bien desde el lado de la piscina.* Le interpreté que quizás se estaba dando cuenta de que había espacios en los que no podía entrar y a los que tenía que renunciar, para entrar en otros de los que sí podía disfrutar.

Sus anécdotas con la familia y las amigas, así como el relato del dibujo, insinuaban los avatares de la reedición edípica, con sus inevitables ambivalencias, angustias y sentimientos de culpa; por ejemplo: celos de la madre porque “se va con el padre” (episodio de la intoxicación), mientras ella queda excluida; sentimientos de culpa por los deseos inconscientes de muerte de la madre rival, que derivan en su vivencia angustiosa del episodio de la intoxicación y en las fantasías de su propia muerte, castigo inminente por querer asomarse a lugares prohibidos, como mostraba en la figuración de una barrera (verja) en el dibujo descrito, donde daba cuenta de una fantasía de escena primaria a la que no puede acceder. Dormir con la madre o con la hermana, era el conjuro para apaciguar sus fantasmas.

Esas compañeras del colegio, representantes, por desplazamiento, de aquellas rivales amenazantes —madre y hermana— que tenía bajo su propio techo, le ahorraban, en parte, el conflicto de ambivalencia con sus otros significativos y la amenaza podía ser evitada, si no asistía al colegio (beneficio secundario del síntoma).

En el transcurso del tratamiento, iba dando cuenta del despertar de su interés por los chicos, del disfrute de los cambios en su aspecto físico y de la popularidad que esto le valió entre el grupo de los varones, con quienes

podía conversar y bromear. Asumió que no quería renunciar a estos espacios recién descubiertos y la angustia y el pesar por la actitud de sus amigas, fue atenuándose.

Pudo hablar de la rabia que sentía con su padre, por no ser su preferida; de los celos hacia su hermana, por serlo; pero, igualmente, de los buenos momentos con cada uno de ellos, llegando a reconocer que ella misma era, también, objeto de atención y afecto; que tenía un espacio, uno distinto.

Estaba animada y contenta con su pérdida de peso; cuidaba su alimentación. En ocasión de un viaje al exterior, me trajo de regalo sus golosinas preferidas; me las entregó al llegar al consultorio, estando su madre todavía presente. Ésta reía, a la vez que me decía que Ana apenas las había probado durante el viaje, cuando antes tenía por costumbre comerlas en abundancia. Y es que Ana había extendido su campo de placer: salía de paseo con su hermana y primos; se quedaban conversando o viendo alguna película.

Estaba más interesada en su arreglo personal y en las fiestas con amigos. Empezaba a desprenderse de los padres de la infancia y de gratificaciones más primarias, para descubrir el disfrute en la diversificación de los vínculos y la exogamia.

Ese primer momento del tratamiento duró alrededor de ocho meses. Los síntomas habían cesado y la madre me planteó la interrupción, alegando dificultades con el horario y opinando que, en vista de la mejoría, prefería que concluyéramos. Ana estuvo de acuerdo.

Unos años más tarde, volvió a la consulta. Para ese entonces, ya era una esbelta y coqueta quinceañera, que me explicaba con soltura el motivo de su retorno: se encontraba en el dilema de decidir entre dos pretendientes dispares, en quienes veía cualidades que le resultaban atractivas; uno era Pablo, un chico coetáneo, que le parecía “lindo, dulce y tierno”; el otro, José, un joven veinteañero, su nuevo instructor en el mismo deporte que ella jugaba desde niña, que, por cierto, también practicaban juntos, su padre y hermana. De José, el mayor, decía: “...es bello, Soraya; es así, todo pícaro, se la pasa echándome broma y me invitó a salir....pero no sé... cuando estoy con él o cuando me llama por teléfono ¡me da una cosita!... me pongo como nerviosa... Con Pablo es distinto, pero también lo paso genial... hablamos mucho, nos reímos..., es muy dulce conmigo...yo creo que lo quiero, pero no sé qué hacer. Intervine con humor, diciéndole: *Lo dulce no es peligroso, pero ¿lo que te da cosita como que sí?*, intentando así, aproximarla a un contacto más llano con la angustia que podría estar pro-

duciendo el despertar del deseo. Ana se sonrojó y empezó a reír. *Bueno, sí, es que me da miedo... José es un hombre ya y me gusta mucho, pero me da miedo, no sé si estoy lista para salir con alguien de esa edad.* Su intranquilidad era una señal de movilización edípica, generada por la posible elección de un hombre mayor; sería la pareja de ese galán, semblante paterno, y excluiría a sus rivales —madre y hermana—, revirtiendo la situación que atizaba sus celos. En síntesis, bordeaba imaginariamente el umbral de lo prohibido.

La temática de la disyuntiva en la elección de pareja, alternaba con la del reciente fallecimiento de la abuela paterna. Ana se censuraba por no haberla visitado lo suficiente en los meses previos a su muerte; recordaba con tristeza, el vínculo cercano y afectuoso que tuvo con ella durante su niñez, reprochándose el distanciamiento. *Yo la quería mucho, pero no siempre acompañaba a mi papá y a mi mamá cuando iban a visitarla... a veces me daba fastidio porque tenía otras cosas que hacer o tenía alguna salida ... siento que fui egoísta, pero es que quiero vivir mi vida.* Se veía enfrentada a la oposición entre el pesar por la “muerte” de los viejos amores de la infancia y la excitación con los nuevos objetos de amor. Finalmente, pudo asumirse deseante. Zanjó el dilema de la elección, haciéndose novia de Pablo, el chico contemporáneo, una opción satisfactoria y menos angustiante.

Este período de tratamiento duró cerca de tres meses. Ana interrumpió, aduciendo que había logrado disipar las dudas.

Regresa a mi consulta cuando tiene 17 años, ya próxima a culminar el bachillerato. Esta vez, planteándome su necesidad de trabajar sobre su decisión de estudiar en el extranjero. Se había aliviado la tiranía de sus ideales académicos. Podía estudiar y aprobar, salvaguardando, al mismo tiempo, espacios para la diversión. Salía con amigas los fines de semana, urdía planes para “escaparse” a fiestas, en complicidad con su hermana; seguía practicando el deporte de siempre, en esta época, más por afición que por insistencia paterna, lo que parecía haber redundado en la adopción de una práctica disciplinada, más por disfrute que por deber; había logrado una ejecución destacada y era elegida por los instructores para participar en algunas competencias. La queja sobre la relación allegada entre el padre y la hermana, con la vivencia de sentirse excluida, ya no era su estribillo de rigor. Su elaboración del conflicto derivó en la búsqueda de espacios propios y, además, le dio la alternativa de ser elegida por otros, así como de competir por otros “premios”, en una situación exogámica.

Habló de su novio actual, un joven de su edad. La relación estaba comenzando; expresaba no tener dudas sobre sus sentimientos; deseaba y se sentía lista para el encuentro sexual; contemplaba la posibilidad de

darle continuidad a este vínculo, pero sin renunciar a su plan de irse del país. Sentía que la experiencia de “salir de casa”, para vivir sola, teniendo, a la vez, que manejarse en una situación ajena a lo familiar, era un reto deseado, aunque le provocara angustia. A propósito de esto, introdujo el tema de su postergación en completar trámites necesarios para su partida y pudimos ver su ambivalencia respecto a la separación de la familia y la renuncia a privilegios que le daban comodidad, pero la dejaban en lugares de mayor dependencia.

Entretanto, ocurrió un suceso triste para Ana. Su gata, que solía hacer “escapadas” regulares de la casa, fue atropellada por un vehículo. Lo relató entre lágrimas: *...ella se escapaba...le encantaba salir, estar en la calle y luego volvía a la casa...por estar de traviesa, mira lo que le pasó.* Lo que decía, hablaba también de sí misma, de sus fantasías angustiosas: sus salidas y el próximo viaje podían ser una escapada, una travesura que podía costarle cara, porque quizás no estaba preparada para una contingencia y recibiría su castigo. Asomarle esta conexión, entre lo ocurrido a su mascota y el posible escenario de su mundo interno, convocó el alivio y el despliegue de asociaciones respecto a sus preocupaciones sobre el viaje: ¿qué pasaría si se enfermaba? ¿A quién podría recurrir? ¿Cómo se las arreglaría para encargarse de lo doméstico al tiempo que estudiaba? ¿Tendría miedo de dormir sola en el apartamento en el que viviría? ¿El lugar a donde iba sería seguro? ¿Extrañaría mucho a las amistades de tantos años? En el tiempo que transcurrió antes de su viaje, pudo abordar estos temas, asumirse en conflicto entre su entusiasmo por acercarse a la vida adulta y la angustia y la tristeza por renunciar a los espacios familiares y privilegios de la niñez. Se sintió a gusto con la posibilidad de que su madre permaneciera con ella las primeras semanas en el nuevo lugar y la ayudara a instalarse; mientras, en su casa, hacía incursiones en la práctica culinaria, observando el quehacer materno. Hablaba con gratitud de la generosidad del padre, que le prestó apoyo a su proyecto; de la complicidad de su hermana. Ahondó en sus fantasías sobre la soledad y la separación de sus seres queridos. Pudo hacer dos travesías: la elaborativa, que le permitió preservar su deseo de conocer otros destinos, asumiendo la incertidumbre sobre el futuro sin presentir catástrofes; y, por supuesto, la trasatlántica.

Como Mérida, la protagonista adolescente de la película *Valiente*, Ana parecía haber asumido sus miedos, su falta, así como su amor y reconocimiento de lo que sus objetos significativos podían darle y que ella podía incorporar, en lugar de rechazar, para integrarlo en su identidad y ampliar

sus recursos en el manejo de lo que le tocaría vivir. Ese era el tránsito que se le imponía para ser valiente.

Pedro: del volcán al fun race

La madre de Pedro acude a una primera entrevista, planteándome su preocupación por los cambios del chico en los últimos meses. En sus palabras: *Siempre fue un muchacho tranquilo, pacífico y este año ya me han citado dos veces en el colegio porque golpeó a unos compañeros. También en la casa ha cambiado; se la pasa de mal humor y se molesta por cualquier cosa que uno le diga... está como agresivo.*

Los padres se habían separado cuando él era un niño de corta edad. Desde entonces, Pedro y su madre vivían en casa de la abuela materna, donde también residían una tía y un primo menor; no habiendo más espacio disponible, según explicaba la madre, ella y Pedro dormían en la misma habitación, aunque en camas separadas. El padre estaba en otra ciudad y tenía poco contacto con él.

Pedro tenía 13 años. Era alto, corpulento, con una expresión adusta. Me explicó que había golpeado a dos compañeros de clase. La razón, agregó, fue que lo molestaron, poniéndole sobrenombres, durante un juego de fútbol en el recreo, porque se desplazaba con lentitud. Uno lo llamó “pies de plomo” y el otro, “tortuga”, ambos, entre risas. Pedro no medió palabra y en las dos ocasiones se giró rápidamente hacia los compañeros, asestándoles un puñetazo en la cara. Tras hablar brevemente del asunto, realizó un dibujo: una suerte de montaña, que luego coloreó en dos tonalidades, clara y oscura, haciendo contraste; quizás una figuración del contraste entre su aparente serenidad y el estallido de su ira; “es un volcán”, me dijo parcamente. Le pedí que inventara una historia sobre el dibujo, como vía para invocar asociaciones. Después de un breve silencio, añadió: *parece una montaña, pero es un volcán... aunque no se vea como si estuviera en erupción.* Ni una palabra más; intervine, subrayando que los volcanes podían estar un tiempo dormidos, pero que, en algún momento podían explotar. De inmediato replicó: *como yo... eso es lo que siento que me pasa a mí... estoy tranquilo y de repente exploto, sin pensarlo. Me pongo muy bravo y, a veces, ni siquiera sé bien porqué.* Su rápida conexión entre la descripción del dibujo y su vivencia interior, sin que mediara el relato de una historia como material proyectivo, reflejaba un paralelismo con la naturaleza de las manifestaciones expresadas como motivo de consulta, verbigracia, con la

irrupción del acto; solo que esta vez, la “erupción” era de la palabra y no del acto, una puerta de entrada al despliegue de significantes que podían acercarlo, eventualmente, al sentido de sus actos.

En las sesiones siguientes Pedro me contó de sus rutinas diarias, de lo que solía hacer los fines de semana, del colegio. Decía tener una buena relación con su madre; la describía como afectuosa, siempre dispuesta a darle apoyo. Manifestó, con mesura, cierta incomodidad de que compartieran la misma habitación, explicando que tener un cuarto común le restaba libertad para ver la televisión o escuchar música. Sobre la ausencia del padre, habló con aparente indiferencia; *ya estoy acostumbrado*, exponía, lo que impresionaba como una desconexión defensiva respecto a la distancia paterna. Curiosamente, Pedro tenía con su primo, un niño varios años menor, un vínculo que rayaba en la parentalización. Pasaban la tarde juntos, mientras su madre y tía se encontraban en sus respectivos lugares de trabajo. Lo ayudaba a hacer las tareas, le enseñaba juegos, vigilaba que no se pusiera en riesgo con sus travesuras. Parecía estar ejerciendo una función paterna de la que él mismo no disfrutó y tratar al pequeño como a un hijo, sería una forma de compensar la atención que hubiera querido recibir del padre.

En el colegio, salvo por los episodios relatados al inicio del tratamiento, afirmaba no tener mayores problemas, aunque tenía una actitud suspicaz ante las bromas, con necesidad de establecer límites contundentes a cualquier señal de burla.

Hizo dibujos de personajes de ficción: Hulk (“la masa verde”), la mole violenta, símbolo de un alter ego del pacífico Dr. Banner, una versión contemporánea del Dr. Jekyll y Mr. Hyde; también de un soldado de sonrisa apacible, pero cargado de armamento bélico. Tales personajes mostraban su disociación psíquica.

Pedro llegó a acercarse al tema de la ausencia paterna, de la rabia por lo que sentía como indiferencia y desinterés del padre hacia él, de cómo estaban cambiando sus dimensiones corporales y de su disgusto con esa nueva imagen —en la que ya no se reconocía como niño— que le mudaba las coordenadas de su ubicación en la realidad externa e interna; le tocaba hacer el duelo por la pérdida del cuerpo infantil; se encontraba a las puertas de un recorrido ineludible, para el que le estaban haciendo falta más referentes: una presencia paterna más disponible que le facilitara la reafirmación de su identidad, una función de corte simbólico que le allanara la salida hacia la exogamia, sin tener que demostrar la masculinidad por vía muscular, en cada situación que le reanimara la angustia de castración.

Su madre entendió la necesidad de delimitar con mayor precisión los

espacios e ideó la división de la habitación mediante la instalación de un tabique, expresión material de la instauración de una función de corte que debía ser convocada, aun en la ausencia del padre real, para que el joven quedara menos expuesto a la turbulencia de fantasías incestuosas. Asimismo, promovió la participación del hijo en una actividad deportiva elegida por él, que lo acercaría a una mayor socialización con el grupo de pares y lo deslastraría del peso endogámico.

Comenzaron a aparecer cambios en las escenas figuradas en sus dibujos. Plasmaba canchas deportivas donde se apreciaban, y él describía, equipos de jugadores compitiendo; autos de fun race, una clase de carrera de la que se hizo espectador entusiasta, en la que los conductores deben atravesar varios obstáculos, en un desafío donde prevalece la diversión. Era la expresión de que el tabique divisorio afianzaba la terceridad en su mundo interno y así, él podía concursar con formas más matizadas de agresividad, en las que se mezclaban, en proporción conveniente, pulsiones de vida y pulsiones agresivas, sin vivenciar la amenaza de ser destruido o de tener que destruir a un enemigo. Fallar ya no era una catástrofe.

Irene: el conflicto frente a la imagen de la madre sumisa

Los padres de Irene acuden a una primera entrevista, en la que me planteaban su preocupación por el comportamiento de la hija. La madre explicaba, en tono angustioso y al borde del llanto: ... *No sé qué hacer con ella, no me hace caso, no me respeta; si la mando a estudiar, me dice que soy una fastidiosa; cuando sale mal en los exámenes, la castigo, le quito el celular por unos días y no la dejo salir con las amigas ni ir a fiestas...*, pero, aun así, no hay cambio... *lo que hace es que se pone brava conmigo y deja de hablarme. Está grosera y contestona...*, a veces me parece que me odia...; yo trato de hablar con ella, de aconsejarla, pero apenas empiezo a hablarle, se pone como una fiera... empieza a gritarme que la deje en paz, que no quiere oírme y que lo único que hago es criticarla.

El padre, de apariencia más sosegada, pero un tanto omnipotente, insistía en la necesidad de que su esposa impusiera límites a la hija, con mayor determinación, proclamándose acreedor del respeto de la chica, gracias a su contundencia en la imposición de correctivos. Hizo la acotación de que eran una familia sin conflictos importantes y que, en general, prevalecía concordia en la atmósfera del hogar.

Unos días después, Irene comienza a venir a mi consulta. Desde la

primera entrevista, se mostró locuaz, expansiva. Era una linda joven de 15 años, muy femenina, que daba la impresión de hallarse en una impostura de mujer de más edad. Irene habló sin reparos y con urgencia de sus recientes experiencias de enamoramiento y decepción, de su vida social, de las rivalidades y complicidad con las amigas, de su hastío con las exigencias académicas, de los problemas entre sus padres. Narraba en detalle y, a menudo, llorando, el drama de las frecuentes peleas que ocurrían entre la pareja parental, en diferentes escenarios, proclamando: *seguro que de eso no te dijeron nada ¿verdad?* A menudo, se quejaba con rabia y amargura del trato que el padre le daba a la madre, de lo que veía como desinterés, ofensa y humillación: *...la insulta, se burla de ella, no la toma en serio y si está bravo por algo, lo paga con ella... y cuando se ha tomado unos tragos, es peor... es capaz de armar un escándalo en cualquier parte y después conducir como un loco, mientras sigue gritándole a mi mamá.... yo creo que él no la quiere... no sé cómo ella lo aguanta... lo que tiene que hacer es divorciarse de él... me da rabia que se deje maltratar... mi mamá es bella, pero es una tonta.*

Curiosamente, ella seguía el camino materno, cayendo dócilmente seducida por el “encanto” de los chicos mayores y “sobrados”, que mostraban una actitud arrogante, le hacían un guiño y luego la plantaban o la trataban con indiferencia; incluso llegó a ponerse en riesgo por seguir “a ciegas” alguna correría temeraria, propuesta por estos “personajes de acción”. Irene me contaba, riendo, la aventura de un sábado por la noche, en la que ella y otra de sus amigas, durante una fiesta, habían conocido a dos estudiantes universitarios, quienes, ya con unas copas de más, las habían invitado a ir a otra fiesta. Sin pensarlo dos veces, se fue en el auto de uno de ellos; quedó entre la sorpresa y la exaltación, cuando los jóvenes comenzaron a hacer pique a alta velocidad. Explicó: *... yo gritaba y al mismo tiempo me reía de los nervios que tenía... pero es tan lindo... me dijo que a lo mejor me llamaba, pero no sé... me dijo que yo no estaba del todo mal, pero que era muy carajita... yo le escribí, pero no me ha contestado y tiene que haber visto el mensaje, porque vi que se metió en Whatsapp después de que se lo mandé.* Mientras narraba el episodio, yo experimentaba la angustia de la que ella no se hacía cargo y me hacía pensar en su desestimación de los riesgos, en su falta de alerta, que podía interpretarse como un “punto ciego” y no sólo ser entendida como parte de los arrebatos de la edad. En todo caso, era un asunto para tener en la mira, porque plantea la necesidad de un diagnóstico diferencial en los pacientes adolescentes.

Llegué a señalarle a Irene la similitud de los “chicos malos”, como ella solía llamar a estos jóvenes que la atraían fatalmente, con el hombre impul-

sivo y maltratador que podía ser el padre con la madre, y el paralelismo de su propia sumisión en estas situaciones, con la que ella criticaba en su madre. Tal parecía que su rabia y necesidad de oponerse a las exigencias maternas, eran una forma de marcar una brecha diferenciadora, de mantener distancia de una semblanza en la que no quería reconocerse. Su denuncia de la madre sumisa y la demanda de que ésta plantara cara ante las vejaciones, era señal de su urgencia de reivindicar la imagen materna y rescatar un referente menos devaluado para sus identificaciones. Esta era su pelea.

Siempre quería ir a las sesiones; si tenía alguna clase particular que coincidía con el horario de alguna, me pedía un cambio de hora. En varias ocasiones, la madre me llamaba para cancelar la sesión, porque tenía que hacer algo y se le “complicaba” llevar a Irene; otras veces, dejó de llevarla porque había salido, “olvidó” la sesión y no llegó a tiempo para buscar a la chica y trasladarse a mi consultorio. La joven explicaba disgustada, que en estos casos, ella llamaba a su madre para recordarle la sesión, pero que, como pasaba con frecuencia, ésta no le prestaba atención. A ella no se le olvidan sus cosas, ni ir al gimnasio, ni nada... No trabaja, tampoco es que está tan ocupada... Ella sabe que yo no quiero dejar de venir a la consulta, que no me gusta perdermela... éste es un espacio mío... es el único sitio donde puedo hablar de mis cosas y de cómo me siento, de lo que me arrega...de todo... y que me escuchen y que, en vez de criticarme, alguien trata de entender lo que me pasa.

En un inicio, Irene hizo de la sesión un espacio para la catarsis, quizás por la saturación de emociones que la atribulaban; no obstante, luego lo asumió como un espacio de escucha, dio un giro mayor hacia las asociaciones y era más permeable a mis intervenciones en relación a las conexiones de su material. Es posible que, por la vía de la transferencia positiva, hubiera encontrado una madre-analista no devaluada, que le permitía deponer, por una hora, su actitud de oposición y rebeldía.

La travesía quedó en ese punto del camino. Cuando se acercaba mi partida de Venezuela, ella dijo querer continuar las sesiones por Skype. En cualquier caso, teníamos que hablar del asunto. Sin embargo, un día la madre me dejó una nota de voz, diciéndome, como otras veces, que se le complicaba seguir llevando a Irene a la consulta, porque entre las clases particulares y sus propias actividades, estaba corta de tiempo. La llamé de vuelta y le expuse la conveniencia de hablar personalmente del asunto y que, además, estaban pendiente el cierre y la despedida con Irene. Acordamos que la llevaría a sesión, pero no lo hizo. Finalmente se disculpó mediante otra nota de voz. Ella se quedaba corta y, sin darse cuenta, exponía

a Irene a quedarse de la misma manera. Quizás, una ambivalencia de la madre frente a los cambios de su hija adolescente, frente a la posibilidad de que Irene hiciera un giro que le permitiera diferenciarse en su posición en el vínculo con los hombres, la dejaría más solitaria en su drama.

Leticia: escondiendo la feminidad

A sus 18 años, Leticia solicita iniciar tratamiento porque sentía que “necesitaba herramientas” para manejar algunas situaciones. Entre ellas, expuso su malestar por los avatares de la separación entre sus padres, circunstancia en la que se sintió impelida a ocupar un lugar que no le correspondía. Explicaba que, tras una fuerte discusión, su madre se había marchado de la casa sin previo anuncio y ella y sus hermanas se quedaron con el padre. Pese a no ser la hija mayor, asumió la función de encargarse del manejo del hogar: hacía la compra en el supermercado, preparaba la comida y atendía a su padre cuando llegaba del trabajo.

En una oportunidad, contó que su padre solía llevarle su dulce favorito; ella lo metía en una bolsa de papel opaco y lo ocultaba en un rincón de la nevera, de forma tal que sus hermanas no supieran de la existencia de ese obsequio paterno, no le reclamaran ni pudieran quitárselo. También relató un comentario hecho por su padre, que le causó desconcierto, tanto por el contenido, como por la falta de filtro y de límites del progenitor, al comunicarle la anécdota. Así, exponía: *Me dijo, riéndose, que mientras iba manejando, vio una muchacha que le pareció que estaba buena y cuando estuvo más cerca se dio cuenta de que era yo... Me quedé loca, no entiendo cómo pudo decirme así, como si nada, que se estaba fijando con ese interés en su propia hija.* Ya en otra sesión había hablado de la incomodidad que sentía al saberse blanco de las miradas masculinas, mientras caminaba por la calle. Luego, la paciente evocó el siguiente material: *siempre me quejo de que tengo poca ropa y, además, no me arreglo mucho... me visto con camisetas anchas y me gustaría vestirme diferente, pero no sé qué me pasa. El otro día estaba arreglando mi closet y me di cuenta de tenía ropa más bonita, más sexy, en el fondo de los estantes; había ropa que ya ni siquiera me acordaba de que tenía, incluso ropa nueva.*

En una sucesión de ocurrencias, Leticia daba una entrega de su novela edípica, en la que había que apuntar las conexiones con la fantasía inconsciente. Se diría que necesitaba ocultar su cuerpo de mujer en la ropa holgada, como el dulce escondido en la bolsa opaca, para no hacerse cargo de

las atenciones de un hombre-padre seductor ni de sus propios fantasmas, que podían acuciarla con el rastro de un deseo que, en la coyuntura de la ausencia materna, la ponían en los márgenes de lo incestuoso.

La clínica da cuenta de la particularidad de cada caso y, en este sentido, el material expuesto apunta a versiones particulares de los conflictos que se libran en la adolescencia. En los cuatro casos se muestran diferentes aristas en la reedición del escenario edípico. En el de Ana, destacan los celos y las vivencias de exclusión; en el de Pedro, la angustia de castración. El de Irene evidencia aspectos más vinculados al eje narcisista, resaltando las vicisitudes identificatorias con una figura materna devaluada. El de Leticia ilustra la angustia por las fantasías incestuosas.

El tránsito adolescente impone una tarea de elaboración de tramas inconscientes, que permanecían en una pausa relativa durante la latencia; es, como señala Hernández (2002) un proceso de sedimentación que implica la elaboración depresiva, el despliegue identificatorio, la separación endogámica y, por último, las investiduras exogámicas aceptadas por el superyó.

Referencias bibliográficas

- ABERASTURY, A. y KNOBEL, M. (1981). *La adolescencia normal* (6ta ed.). Buenos Aires: Paidós.
- EL IRUPÉ. (s.f.). En *Cuentos y leyendas de amor para niños* (3ra ed.). Caracas: Ekaré, 1984.
- HERNÁNDEZ, M. (2002). Actualidad del trauma narcisista en la adolescencia. *Revista de psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid*, 37, 117-136.
- LAUFER, M. y LAUFER, E. (1988). *Adolescencia y crisis del desarrollo*. Barcelona: ESPAXS, S.A.
- SLININ, N. (1981). Adolescencia normal: contribuciones psicoanalíticas. En *Aportaciones al psicoanálisis de niños y adolescentes publicación del Departamento de Niños y Adolescentes "Arminda Aberastury" de APA* (pp. 311-323). Buenos Aires: Kargieman.